

tomable, pudiendo introducir en ella un asno cargado de oro : lo mismo sucede con las plazas que guarda el amor. Concerté con la nodriza, que pasaria por un sobrino suyo llegado recientemente á Atenas. Troqué mi magnífico vestido por uno descolorido y grosero, y renuncié á las flores y á las esencias.

Interrumpí á Fanor para decirle que el mediodia hacia desaparecer las sombras, y que, si gustaba, iríamos á buscar asilo y comida, y despues acabaria la entretenida narracion de sus amores. Lo aceptó asi, y me propuso que fuésemos á casa de un amigo de su padre, que era un filósofo pitagórico, que vivia en el campo junto á Ascera. Convine en ello, y llegámos en poco tiempo.

CAPITULO XXVI.

Acogida y retrato del Pitagórico. Sus máximas y su filosofía.

LUEGO que Fanor dió su nombre, el amo de casa nos tomó por la mano en señal de confianza, y nos condujo al baño.

Xenofanes tenia ochenta y dos años de edad ; pero el aire de su rostro y la agilidad de su cuerpo desmentian aquella ancianidad.

Conservaba aun todo el verdor del otoño de sus años. Su estatura era menos que mediana, sus ojos vivos, sus movimientos prontos, su voz firme; y su cara sonrosada formaba un contraste respetuoso con su pelo cano. Era admirable lo fiel de su memoria, y la firmeza de su pulso cuando escribia; y era tan activo, que, habiendose visto privado de la mano derecha por una herida á los ochenta años de su edad, aprendió á escribir con la izquierda en una noche (37). Iba descalzo, y llevaba la barba larga.

Al salir del baño, nos presentó Xenofanes unos vestidos, y seguidamente nos fuimos á sentar á la mesa. Empezó ofreciendo á los Dioses incienso y perfumes. Contra nuestra esperanza, y contra las leyes dietéticas de Pitagoras, se cubrió la mesa con manjares esquisitos; pero lo que mas nos admiró, fué la singular conducta de Xenofanes. Asi que nos habia servido un plato, lo aplicaba á la nariz, se saboreaba con el olor, y luego sin tocarlo se lo entregaba á los esclavos; y con todos los platos repitió lo mismo, sin hablar ni comer. Yo reventaba por reir, y especialmente cuando Fanor me dijo en voz baja: « La nariz de este hombre ha de tener una indigestion terrible. » Pero nosotros no nos alimentábamos de humo, pues nuestro apetito honraba el festin. Continuaba el silencio,

cuando habiendo tenido un esclavo la imprudencia de servir dos platos á la vez, se encolerizó Xenofanes, y echó un plato por tierra, pidiendonos perdon de su viveza. «Ese majadero, nos dijo, debia saber que me horro-rizo del número dos. Viendo estais en mi mesa tres saleros y tres frascos: el maestro (asi llaman los discípulos á Pitagoras) asegura que el número dos es funesto. — Pues con todo eso, le dije, parece el mas feliz, porque dos amigos, dos amantes, y dos esposos bien unidos presentan la imágen de la felicidad. — Pero Pitagoras, repuso Xenofanes, que temia el número dos, graduaba el de tres de admirable y de casi divino. — Sí, contestó Fanor, cuando el amor es el tercero. — Jóven, exclamó Xenofanes mirandome, ¿que es lo que haceis? — Pues ¿que hago? le pregunté. — Cruzar la pierna izquierda sobre la derecha: el maestro lo prohíbe, como tambien el cortarse las uñas los días de fiesta.

Finalizada la comida, y hechas las libaciones, nos convidó á pasearnos en su jardin. Al entrar, me separé para satisfacer una necesidad ligera, y me volví ácia el sol que se ponia. Corrió á mí Xenofanes azorado, y gritandome: ¡Deteneos! ¿que vais á hacer? — Yo me detuve, medio temblando, y le dije: ¿Que os asusta, Xenofanes? — ¿Pues

no veis, me respondió, que mancháis la presencia del sol? ¿Ignorais que nada debe hacerse, que sea impuro, delante de esa antorcha de la naturaleza? — Fué de mi aprobacion aquel respeto, y me volví ácia el oriente (38).

Luego que me incorporé con él, me dijo: «¿No es verdad que os he admirado, asi por el lujo de mi mesa como por la estrañeza de mi régimen? Sabed pues la causa: la casualidad os ha servido. Nos está prescrito dar una gran comida una vez al año, pero se nos prohíbe participar de ella. Aquel día observámos un ayuno rigorosísimo, y nos contentámos con oler los manjares. Lo restante del año no se vé en mi mesa ni carne, ni pescado, ni vino, ni habas, porque todos estos alimentos los prohíbe el maestro.» — Le pedimos que nos esplicara la causa. — «Seria horroroso, continuó, comer pescado, pues en otro tiempo fuéron nuestros compatriotas, y habitámos con ellos en el seno del mar. Nuestros primeros padres fuéron pescados. — En la mesa, le repliqué, renegaria yo de filiacion semejante; pero ¿por que prohibir la carne? ¿hemos acaso sido bueyes ó carneros? — No, repuso Xenofanes; pero ¿como os atreveis á ser antropófagos, y os esponéis á devorar á vuestros padres? — ¡Como, Xenofanes! ¿alojais sus almas en las vísceras de esos animales? por cierto que las

dais una linda posada. — Con razon, añadió Xenofanes, creemos en la metempsicosis. Está probado que nuestras almas, que son inmortales, circulan de individuos en individuos. Todo muere y renace en la naturaleza. La materia circula sin cesar, y el sol aspira el agua del mar y de los ríos, que cae en lluvia, humedece la tierra, y alimenta á los mismos ríos, desde los cuales vuelve á elevarse para formar las nubes; pero siempre es el mismo volúmen de agua, y la misma materia que circula sin cesar, y renueva el género humano, y los animales y los vegetales. Puede ser que las moléculas reunidas de Menelao, de Licurgo, y de la hermosa Elena, forman el cuerpo de un infeliz Iliota. Pitagoras se acordaba de haber sido Euforbo en el sitio de Troya, y de haber sido en él herido por Menelao. De Euforbo pasó su alma al cuerpo de Hermolino, despues al de un pescador, y en fin animó á Pitagoras (39). — ¿Pero por que, pregunté á Xenofanes, prohíbe las habas ese gran filósofo? — He oido decir, me respondió, á sacerdotes Egipcios, que las habas irritan los sentidos y perturban el entendimiento; y Pitagoras condena los placeres del himeneo, porque segun él es meter un alma en una prision. Este sabio es el primero que enseñó que todo debia ser comun entre los amigos: sus disci-

pulos habian de vivir entre ellos como hermanos. Renunciamos al vino, á las mugeres, y á comer carne: no llevamos zapatos, y nos dejamos crecer el pelo y la barba.»

Nos habló despues del silencio que exigia el maestro para ser admitido en la comunidad: nos dijo que él habia estado cinco años sin hablar: es una prueba que se ha de hacer con todos los prosélitos. Miéntras este noviciado, nunca ví á Pitagoras; pero le oia, y algunas veces me hablaba detras de un velo. — Dadnos el gusto, Xenofanes, de repetirnos algunas de sus máximas. — Ved aquí algunas: «Conviene declarar la guerra á tres cosas: á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia del entendimiento, y á las pasiones del corazon. El mejor regalo que el cielo hace á los hombres, es el de ponerlos en el caso de ser útiles á sus semejantes, y de enseñarles la verdad. Está prohibido el abandonar el puesto sin licencia del que lo manda. El puesto del hombre es la vida. La templanza es la fuerza del alma; el imperio sobre sus pasiones, su luz. El espectáculo del mundo es semejante al de los juegos olímpicos: unos tienen tienda, y no piensan mas que en el provecho; otros pagan con sus personas para comprar la gloria, y otros se contentan con ver los juegos.»

Su método de vida era el siguiente. Al

amanecer, iba á los templos donde hacia purificaciones y sacrificios. Se nutria con los alimentos mas purós, para que su cuerpo no contrajese mancha alguna. Iba vestido de lino de Egipto, como los sacerdotes de aquel pais. Se conciliaba la veneracion de los pueblos con un aspecto venerable, una voz armoniosa, y una elocuencia afectuosa y viva. En Crotona solia llegar su auditorio á dos mil personas. Los magistrados fabricáron un edificio soberbio y espacioso en el mismo sitio donde daba sus lecciones.

Le pregunté ¿ si era verdad que Pitagoras hubiese hecho prodigios, como detener con unas palabras el vuelo de un águila, y aparecerse en un mismo dia y hora en Crotona y en Metaponto (40)? « Esos prodigios, me respondió, son inútiles para la moral, y por eso no los he verificado. Ved aquí lo que puede creerse en cuanto á la magia que se le atribuye. Para corregir á los habitantes de Crotona, cuyas depravadas costumbres manchaban la castidad del himeneo, se ausentó por algun tiempo de su ciudad. A su vuelta, fingió que venia de los infiernos donde habia visto á los esposos infieles atormentados con terribles castigos. Hizo efecto su ficcion, porque las costumbres se purificáron, fueron respetados los matrimonios, las mugeres se despojáron de su lujo, enviáron al templo de

Juno sus perlas, sus piedras preciosas, y todos los vanos adornos de la hermosura, se presentáron en adelante con vestidos sencillos, y miráron la modestia y el pudor como el mas rico adorno suyo. Los ancianos y aun los jóvenes prefiriéron el estudio y la filosofia á la fortuna y á los placeres. » — En aquel instante mismo le trajo un esclavo un pedazo de pan, y un vaso de agua. — « Esta es mi cena, nos dijo. El dia va bajando, y no se nos permite comer despues de puesto el sol. » — Continuó hablandonos de Pitagoras. En la eleccion de sus discípulos, atendia particularmente á la configuracion exterior, la cual, segun él, le respondia de las prendas del alma, porque creia que un bello cuerpo albergaba una bella alma. « Toda especie de madera ó de mármol, decia, no es buena en general para hacer un Apolo ó un Mercurio. » Nos ejercitaba especialmente en la sumision y en la paciencia. Segun él, un verdadero pitagórico no debe soltar lágrimas ni quejas en las desgracias, ni mostrar flaqueza en los peligros; y nada debe haber mas estable que su palabra. Cierta dia entré en un templo de Juno, cuando Eufemo, que era uno de mis condiscípulos, salia de él. Le pedí que me esperara, y me lo ofreció así. Mis oraciones me arrastráron á una meditacion tan profunda sobre los Dioses y sobre la inmorta-

lidad del alma, que olvidé que me esperaba mi amigo, y salí por la otra puerta. Al día siguiente fui á la concurrencia de los discípulos, y los ví inquietos por la falta de Eufemo: al momento me acordé de su promesa y de mi distraccion. Corrí al templo, y encontré á Eufemo, bajo el vestíbulo, sentado sobre la misma piedra donde le dejé la vispera, aguardandome todavía. Todo el mundo sabe la historia de un pitagórico que murió en un meson sin poder pagar al mesonero; pero, ántes de morir, trazó sobre una lámina ciertos caracteres simbólicos que el mesonero fijó en la puerta de la posada. Algun tiempo despues, Lisis, condiscípulo suyo, pasó por aquel parage, vió los caracteres, y pagó las deudas del muerto. — Nos habeis citado, Xenofanes, los sacerdotes Egipcios, de lo que inferimos que habeis viajado por aquel celebrado pais. — Sí, Fanor, fui allá acompañando á mi maestro Pitagoras. — Dadnos pues, Xenofanes, algunas nociones sobre sus pirámides tan nombradas. — La estrella de Venus brilla, y es para mí la señal del retiro. Un verdadero pitagórico debe levantarse ántes que el sol. Si el hospedage os agrada, mañana pasaremos el día juntos, y satisfaré vuestra curiosidad. Dimosle gracias afectuosas, y se retiró.

Rogué á Fanor que se aprovechase de la

frescura y belleza de la noche para acabarme su historia. Fuímonos á sentar junto á un estanque sobre el cual reflejaba la luna sus movibles rayos.

CAPITULO XXVII.

Continuacion de la historia de Fanor.

Os he bosquejado, continuó Fanor, el retrato de Teana. La naturaleza hizo por ella cuanto pudo; pero una mala educacion marchitó los dones de la naturaleza.

La vez primera que me atreví á explicar mis sentimientos, me repelió tan severamente que mi amor propio quedó mortificadísimo, y mi despecho fué tanto que estuve dos días sin verla; pero era sobradamente penoso aquel esfuerzo, y cedió mi vanidad á otro sentimiento mas dulce. Volví á casa de mi tia la nodriza, á quien confié mis disgustos procedidos de la dureza de Teana. Manifestóse sorprendida, y me prometió aclarar el motivo de semejante tratamiento. A la noche fui á saber el resultado. «Fortuna habeis tenido, me dijo mi estimada tia, en que hayan recibido mal vuestra declaracion. ¿A que atolondrado se le ocurre escoger un jueves para empezar un galanteo? — ¿Y que mas tiene»

dije á la nodriza, ese dia que otro cualquiera? todos los dias son buenos para el amor. — No lo creais, Fanor: ¿ignorais que el jueves es dia funesto y de mal agüero (41)? Teana misma me dijo que, por lo mismo que os estimaba tanto, no podía acoger vuestro afecto bajo semejantes auspicios. » En el instante que hablábamos asi, entró aquella hermosura, y se mostró admirada de verme; pero su aire risueño y sus benignas miradas me anunciaron las felices disposiciones de su corazon.

No tardó mucho en oír con indulgencia mis espresiones amorosas; y mi querida tia, á quien yo tenia magníficamente asalariada, me aseguró que adelantaba en la carrera á pasos de gigante. De manera que lo futuro me embelesaba, y lo presente me tenia enamorado y feliz. Mas ¡cuan frágil es el apoyo de nuestras esperanzas!

Un dia que salia de ver á Teana, tan dichoso y tan alegre que tuve que ir á respirar el aire libre, me encontré, despues de haber vagado largo rato, en el Liceo, bajo el pórtico del mediodia, el cual paseé á largos pasos, meditabundo y distraido. Llegóse á mí un Bapto jóven. Ya sabeis que los Baptos son unos sacerdotes afeminados que juran por la diosa Juno, que tienen amistades con mugeres, y que asisten á los misterios de los tocadores: este, que se llamaba Teon, llevaba,

segun su costumbre, una hermosa túnica azul, las cejas teñidas de negro, y ademas iba perfumado con esencias, y fingiendo los quiebros y las monerías de una petimetra (42). « Amigo mio, me dijo tocandome sobre el hombro, ¿no eres el sobrino de Filena, nodriza de la bella Teana? — Sí, le respondí humildemente, acordandome del personage que representaba, y de la sencillez de mi vestido: ¿en que tengo que serviros? — Puedes obligarme, me replicó, y te recompensaré generosamente; pero ¿eres callado? — Lo soy cuando se confian de mí. — Muy bien, repuso el Bapto, me fiaré de tí: sabe, pues, que estoy prendado de la incomparable Teana. — ¡Vos prendado! — Sí, yo, prendado, enamorado, ó como quisieres: lo esencial que exijo de tí, es que empuñes á tu tia para que me consiga una cita de aquella hermosura. Sé que tengo competidores, y entre otros un bribonzuelo que ha tenido muchas veces la insolencia de arrancar mis guirnaldas; pero cualesquiera que sean mis competidores, nunca me asustan: si le descubro, yo le enseñaré á que me respete. » Mientras esto hablaba el Bapto, me hervia la sangre, y me abrasaba el rostro el fuego de la cólera; pero bajé la cabeza, y guardé silencio. « Querido mio, continuó, dí á Filena que, si me proporciona una conversacion, no tendrá límites mi generosidad; y

ella debe saber que soy fiel á mis promesas. — ¿Pero mi tia ha tenido otra vez la dicha de seros útil con Teana? — Esos no son negocios tuyos, sino date prisa á cumplir con mi encargo, y á traerme la respuesta. — Fíad de mi celo, dije al Bapto, y creed que es igual á la vuestra mi impaciencia. » Quiso entónces el Bapto gratificarme con algunas dragmas; pero le dije que yo no cobraba la paga hasta hecho el servicio.

Corrí enfurecido á casa de Filena, y empecé á desahogarme con invectivas y reproches sangrientos: ella me escuchó con sosiego y desden, y me respondió que ignoraba el motivo de mi arrebatamiento, y que no esperaba tal premio por sus buenas intenciones. Entónces le balbucí el nombre y los proyectos del Bapto. « Nunca hubiera imaginado, me dijo Filena entre una sonrisa amarga, que un sacerdote, y sobretodo un Bapto, os hubiera podido engañar de ese modo. Id, y aseguralde de parte mia y de la de Teana, que en balde trabaja, y que le exhortamos á que retire sus redes y lleve á otra parte sus flores y sus suspiros. Decidle tambien que Teana le mira con la mayor indiferencia; y si lo dudais, seguidme: en su cuarto está Teana; y como nada la obliga á disimular, y como no está prevenida, leeréis sus sentimientos en lo interior de su alma transparente como una agua lim-

pidá. » Diciendo esto, me llevó á la habitación de Teana, y no me tuvo á la puerta mas que un minuto, para saber si estaba en estado de recibirme.

Me acogió benigna y afectuosamente: en sus ojos se veía el candor, la sensibilidad y la calma. Lo mismo fué mirarla, que dejar de ser delincuente para mí. Preguntóla Filena, despues de haber hablado otras cosas, si conocia al Bapto Teon. « Le conozco mucho, respondió Teana, porque se le encuentra en todas partes, como que es uno de aquellos seres que poseen el secreto de multiplicarse para importunar mas al mundo. — Pues, Teana, yo sé que ha confiado á cierta persona que está enamorado de vos. — Sí, Filena: no ignoro que quiere dar á entender que me pretende, y que publica mis elogios: pero si continúa mas representando tan mala comedia, yo hablaré á mi madre para que la desenlace. » Al oír aquello, procuré no dar á conocer mis zelos. Hice seña á Filena para que callase, y salí avergonzado de haber sido juguete de un sacerdote, y de haber dudado del corazón de una amante tan tierna.

Volví inmediatamente al Liceo para tener el gusto de burlarme del bello Teon. Paseabase muy erguido, dejando ondear su hermosa túnica azul á merced del viento, y perfumando el pórtico con sus olores. Llegóse

á mi diciendo : « ¿ Que hay , buen amigo ? ¿ que respuesta tenemos ? ¿ que dice la tia ? — Dice que quisiera obligaros contribuyendo á vuestras felicidades ; pero sostiene que Teana , no obstante vuestro mérito , se muestra fria á sus vivas instancias ; y que además , como os aman tantas mugeres , teme encender sus zelos , y conciliarse su odio . Esta es la respuesta de mi tia , la cual tambien os aconseja , como amiga , que dejéis vuestras pretensiones , y que emprendais otras mas felices . — ¿ En esos términos te ha hablado tu tia ? no puede ser : ó has oido mal , ó has hecho el mensaje torpemente . A dios : te doy gracias , pero me pasaré sin tus servicios , y trabajaré yo mismo en la obra . » A estas palabras hizo una cabriola , y se disparó como un rayo .

Desde entónces , siempre que nos encontrá- bamos , me saludaba con un airecillo de suficiencia y de bufonada , como mostrando reirse de mi credulidad ; pero yo me reia de verle tan fatuo .

Cuando yo hubiera podido alimentar sospechas , despues de haberme desengañado la misma Teana , su sensibilidad tierna y sus caricias tímidas hubieran acabado de disiparlas . Mi estimada tia , por su parte , ejercitaba su ardiente celo y sus diligencias en favor de su sobrino querido , y el sobrino multiplicaba

sus larguezas . Vivía yo , de aquel modo , deliciosamente seguro y plenamente dichoso ; pero iba pronto á oscurecerse aquel dia tan brillante y sereno .

Un dia , despues de comer , fui á casa de Teana á mi hora acostumbrada . Alumbraba su cuarto una claridad muy endeble : divisé á Filena junto á la cama , la cual me hacia señas para que anduviera poco á poco . Acercuéme mas , y me dijo , en voz muy baja , que su amada hija tenia calentura y un fuerte dolor de cabeza : Acaba de dormirse , me añadió ; dejemosla descansar , y mañana la veréis mas tiempo . Entristecido yo con tal noticia , pedí que me la dejara mirar un instante . Levanté la cortina ; pero su cabeza envuelta en una cofia estaba mirando ácia la parte opuesta . Yo , que me ví privado de la vista de aquel rostro que adoraba , me contenté con exhalar algunos suspiros , y con besar la colcha de la cama . El dia ántes me habia dejado el baston en el cuarto de Filena : fui á buscarlo , encontré la puerta entreabierta , arrempujéla , ví que estaba oscuro , y oí una dulce voz que preguntaba : « ¿ Quien es ? ¿ eres tú ? » Quedé inmóvil y mudo de puro sorprendido , porque me pareció la voz de Teana . Lejos de responder , volví á su cuarto para asegurarme de aquella doble vision . « ¿ Aun estais aquí ? me preguntó mi buena tia ; aun no ha desper-

tado: ¡pobre niña! dejadla dormir, porque lo necesita mucho.» Sin darle oídos, me acerqué á la cama, meneé á la enferma, la llamé, y no despertó: quisela tocar la cabeza, pero se me rodó entre las manos, como que era una cabeza de madera: juzgad cual sería mi cólera. Llegó Filena á quitarme aquella figura, pero la di un tremendo bofetón sobre su descarnada mejilla: tiróse á mí enfurecida con las uñas presentadas, y yo la derribé en tierra de otro bofetón: desde allí volé al cuarto donde habia oído la voz de Teana, y en la puerta me encontré cara á cara, ¿con quien? con el Bapto Teon, con aquel sacerdote tan desechado y tan despreciado. Enagenado de rabia me eché sobre él, y le cargué de golpes: defendióse, y entónces le así por la garganta, y empezó una lucha vigorosa; pero di con él en tierra, le pateé, y le hice pedir á voces misericordia. Acudieron á sus alaridos, y tuve que abandonar mi presa, despues de haber señalado mi despedida con muchos y repetidos golpes.

Así que entré en mi casa, empecé á sentir todos los furores de un amor ultrajado. No pensaba en mas que en venganzas y en desatinados proyectos. Quise sacrificar á la perjurá, á su vil amante, y á mí mismo con ellos; pero la imágen de Teana adornada con todas sus gracias, sus hermosos ojos, sus miradas embelesadoras, su dulce habla, se me pre-

sentáron en la idea, y desarmáron mi cólera. Acaso, decia yo entre mí, me engaña la apariencia: puede que no tenga culpa: yo soy quien la ha ofendido, conozco mi falta, y anhele el instante de espiarla á sus piés; pero unos momentos despues no habia cosa que pudiese justificarla, siendo para mí un monstruo de perfidia y de ingratitude.

Pasé tres dias entre aquellas convulsiones. Pero en fin triunfó el amor de los zelos y de la desesperacion. Determiné escribirla, humillarme, y pedirle perdon. Fui muy de madrugada á llevarla mi carta (43). Encontré la casa adornada con ricos muebles; ardian delante de la puerta muchas hachas; habia músicos que tocaban instrumentos, cantores de himeneo, y una gran concurrencia. Me quedé turbado y trémulo. Ví salir de la casa unas criadas que llevaban hachones en las manos, y ví arder la antorcha nupcial, que era mas corpulenta que las otras. Seguía Teana, coronada de flores, y hermosa como Venus: iba junto á su madre, y al otro lado, ¡oh que espectáculo! el Bapto Teon, que la llevaba al templo. Alcanzóme á ver Teana, y desvió de mí los ojos sin la menor alteracion. Perdido de furor, y sediento de venganza, quise arrojarme á ellos y matarlos á puñaladas; pero sin duda que algun Dios me ató el brazo, y me sacó de allí por los cabellos.

pues me encontré á cuarenta estadios de Atenas, sin saber donde iba.

Vuelto en mí, determiné pasar á Leucades para hacer la prueba del salto de la roca, y terminar mi desventurada vida, ó arrancar de mi alma la imágen de un objeto que quiero aborrecer. Viajo á pié, porque me distrae el ejercicio, y la agitacion del cuerpo calma la del espíritu. He compuesto por el camino una elegía sobre mi aventura, y me complazco en cantarla.

CAPITULO XXVIII.

*Costumbres de los Pitagóricos al salir el sol.
Máximas de Pitagoras.*

ASI que el primer albor del dia blanqueó los bordes del horizonte, vimos llegar á Xenofanes: pusimonos á examinar lo que hacia. Se sentó sobre un banco de céspedes, con la cara vuelta al oriente. Tomó su arpa, y cantó unos cánticos sagrados. Luego que descubrió el disco del sol, se prosternó delante de él, y lo adoró. Entónces me llegué á él, y le pregunté el motivo de tal ceremonia. « Es, me dijo, un rito de la religion de Pitagoras: debemos preceder al sol, cantar sus alabanzas, y adorarlo asi que se presenta. Debemos tam-

bien en aquellos instantes pasar en revista las acciones del dia ántes, y seguidamente ir á los templos ó á los lugares solitarios, para entregarnos en ellos á la meditacion; despues de lo cual nos vamos á hablar con nuestros amigos, y á hacer una comida muy sobria, miéntras la cual discurrímos sobre algun asunto político ú filosófico: lo restante del dia lo damos á la sociedad: la tarde se emplea, como la mañana, en pasear y en meditar, y acabamos el dia con una cena menos frugal que nuestro desayuno; porque algunos de nuestros Pitagóricos suelen permitirse un poco de carne y de vino..... Pero no me olvido de que os prometí daros algunas noticias sobre Egipto. Voy á llevaros á una capillita que he dedicado á la diosa Isis, ó mas bien á la naturaleza. Está en el inmediato bosque. Allí disfrutaremos del fresco y del silencio.» La capilla era redonda, revestida de estuco. Entraba en ella la luz por tres ventanas ovaladas. La estatua de Isis era de pórfido, y ocupaba el centro. En su pedestal se leia esta inscripcion:

« Soy lo que ha sido, lo que es, y lo que » será siempre. No hay todavía hombre mor- » tal que haya podido quitarme el velo que » me oculta. »

En las paredes habia grabadas muchas máximas de Pitagoras.

« El mejor regalo que hace Dios al hombre, es el de inclinarle á decir la verdad, » y á hacer buenos oficios : estas dos cosas se » parecen á las obras de Dios. »

Leed, nos dijo Xenofanes, la que está enfrente, que me parece una de las mejores tuyas :

« No necesiteis jamas de juramentos, ni de » llamar á la divinidad por garante de vuestras promesas : procurad, sí, dar tan buena » opinion de vuestra probidad, que seais » creídos sobre vuestra misma palabra. »

Esta, dije yo, me parece muy agradable :

« Cuando estoy con mi amigo, no estoy » solo, sin embargo de que no somos dos. »

Sentemonos sobre estos bancos, dijo Xenofanes, y prestadme atento oido.

CAPITULO XXIX.

Fenómenos del Egipto. Partida de ámbos amigos.

EXISTEN tres pirámides mas celebradas que las otras, y que pueden colocarse en la clase de las siete maravillas del mundo : estan junto á Menfis. Solamente os hablaré de la mayor de las tres, situada á los veinte y nueve gra-

dos y cincuenta segundos de latitud. Su fábrica es de piedras, y la menor de ellas de treinta piés de largo, trabajadas con arte maravilloso, y cargadas de figuras geroglificas : cada lado de las pirámides tiene ochocientos piés de ancho, y otros tantos de alto. A ciento y sesenta piés debajo de tierra se encuentran salas que se comunican entre sí por medio de unos ramales llamados *siringos*. Se emplearon en aquellas obras cien mil trabajadores ; y por todo el tiempo de treinta años se fuéron sucediendo igual número de obreros de tres en tres meses. Y solamente las legumbres suministradas á los trabajadores costaron diez y seis mil talentos.

Se cuentan mil locuras de la pirámide grande. Segun algunos, la fabricó una cortesana famosa con los caudales que la regaláron sus amantes : otros la atribuyen á la célebre Rodopa : ved aquí su historia.

Era natural de Tracia, de origen oscuro, y fué vendida como esclava. Enamoróse de ella un Griego, la rescató, y se la llevó á Neucrates, ciudad de Egipto. Un dia que Rodopa estaba bañandose, se abatió un águila sobre sus vestidos, tomó uno de sus zapatos, y se lo llevó en el pico hasta Menfis, residencia del Rey Psammis, y lo dejó caer sobre sus rodillas. Maravillado el Príncipe, lo miró atentamente, y formó ventajosa idea del